

---

# Discursos del poder en la China contemporánea

Taciana Fisac

La caída de la última dinastía Qing, en 1911, y el nacimiento de la República de China, un año después, acontecieron en un clima de fuerte cuestionamiento de los valores que representaba la tradición confuciana. Con la fundación de la República Popular, en 1949, se acrecentaron las críticas contra el maestro Kong (C. 551-479 a. C.), cuyo nombre original chino conocemos a través de una versión latinizada por los jesuitas. El punto álgido de las campañas anti-confucianas se alcanzaría durante la segunda fase de la Revolución Cultural. Era entonces difícil prever que, con la reforma iniciada por Deng Xiaoping, Confucio volvería a ocupar un lugar destacado en la escena pública de la China del siglo XXI.

Lee Kuan Yew (1923-2015) fue uno de los primeros defensores de ciertos principios tradicionales chinos y quien los puso de moda en el contexto político internacional. Durante su mandato como primer ministro de Singapur apostó por lo que denominaría «valores asiáticos», inspirados parcialmente en los confucianos y a los

cuales atribuiría parte del éxito económico de la región. Con anterioridad, una nueva corriente entre pensadores y eruditos, conocida como *New Confucianism* (*Xin rujia*), había propuesto un diálogo más académico con ideas y valores propios del pensamiento occidental. A inicios del siglo XXI, Tu Weiming, entonces profesor de la Universidad de Harvard, era quizás uno de los más conocidos difusores de ese movimiento. Lo cierto es que el propio Partido Comunista Chino terminó por rectificar su rechazo y comenzó a mirar con mayor simpatía a tan ilustre personaje de su Historia, adoptando incluso el título de institutos «Confucio» para los centros de enseñanza de la lengua china, creados mediante un modelo de colaboración con universidades de prestigio con objeto de difundir su lengua y cultura por el mundo entero.

En el 2006, Yu Dan, profesora de la Universidad Normal de Pekín, impartió una serie de conferencias sobre *Las Analectas* (*Lunyu*) en uno de los principales canales de la televisión china. Rápidamente se convirtió en un fenómeno cultural y, en poco tiempo vendió varios millones de ejemplares popularizando las enseñanzas de pensadores clásicos, adaptándolas a las necesidades de su tiempo y con un sentido práctico para el quehacer diario de cada persona. No en vano, su éxito se basaba en tratar de explicar con un lenguaje llano los valores del humanismo confuciano, aportando una visión ética a una sociedad inmersa en un proceso de acelerado cambio y vacío ideológico. La otrora supuesta solidaridad promovida oficialmente por el Partido habría dado paso a lo largo de las tres últimas décadas a un ensalzamiento del enriquecimiento individual, con manifestaciones que bien podrían considerarse producto del capitalismo más duro. Tras el fenómeno de Yu Dan, Confucio pareció ser rehabilitado por el Partido, al tiempo que encontraba de nuevo su lugar en ciertos sectores de la sociedad. Algunos intelectuales –entre los cuales destaca el renombrado profesor Kang Xiaoguang, conocido por haber realizado diversas

propuestas para un renacimiento del confucianismo—, ya habían anticipado que el mayor desafío de China no era la corrupción ni el desempleo, sino la falta de una ideología convincente. Durante el mandato de Hu Jintao como secretario general del Partido (2002-2012) y la primera etapa de su sucesor Xi Jinping, a partir de 2013, el reconocimiento de la aportación del maestro Kong al patrimonio cultural universal ha formado parte del núcleo central de la propaganda oficial china.

### *¿Confucianos o legistas?*

Es incuestionable el impacto y la aportación de Confucio a una filosofía política cuyo objetivo es la búsqueda de una armonía social, e incluso cósmica. Sus reflexiones trataban de buscar respuestas a los tiempos convulsos que le tocaron vivir en el siglo VI a. C. Sus propuestas iniciales serán tamizadas por el maestro Meng o Mencio (c. 380-289 a. C.) o, muy posteriormente, Zhu Xi (1130-1200), entre otros, y funcionarán durante siglos a modo de una suerte de ideología estatal premoderna, traspasando sus fronteras y extendiéndose a países vecinos: Corea, Japón y Vietnam. El confucianismo como parte de una tradición central imperial surge en oposición a las prácticas políticas del siglo III a. C. que reúnen a los denominados legistas (*fajia*). Con este término se ha traducido el nombre de una serie de teóricos, los cuales —en palabras de Anne Cheng— «buscan ante todo el modo más eficaz de preservar o reforzar un Estado», con normas generales y objetivas, impuestas por la fuerza, en el más puro sentido totalitario del poder. Los legistas compartían una visión sobre el ser humano mucho más pesimista en comparación con la de los confucianos. Mientras estos últimos abogaban por la importancia de la educación para el perfeccionamiento de las personas en su convivencia

social, y la virtud de quienes ostentaban el poder como referencia ejemplarizante, los legistas entendían que los seres humanos no eran buenos por naturaleza y ningún modelo resultaría eficaz para lograr enderezar los intereses egoístas de los individuos. Poder y moralidad se disocian en la escuela legista, encargándose a una serie de burócratas la impartición de recompensas y castigos. La imposición de normas al conjunto de la sociedad por el bien común constituiría el modo de gobierno personificado en el reinado del Primer Emperador Qin (*Qin Shihuang*) (221-207 a. C.), quien recurrió a esta escuela de pensamiento para controlar la totalidad del territorio conquistado tras unificarlo por primera vez en la historia de China. Conocemos al Primer Emperador por su famosa tumba, vigilada por miles de guerreros de terracota. En la misma se vislumbran los alardes de grandeza del emperador y –como dice la arqueóloga Jessica Rawson– aspectos fascinantes sobre la sociedad de entonces que siguen configurando la China contemporánea. Hace más de 2.200 años, el País del Centro tenía la capacidad de fabricación en cadena (los guerreros de terracota tienen piezas producidas en serie) y contaba con mano de obra artesana, abundante y bien organizada bajo un poder centralizado. Ciertamente, el legismo Qin adoptó toda una serie de exitosas reformas (de la escritura, medidas y pesos, establecimiento de sistema de postas, etc.), resultando sumamente eficaces para la unidad y dejando una huella indeleble en el modo de ejercer el poder en China. Pese a lo breve de su reinado, existe un antes y un después del Primer Emperador. Cuentan los libros escritos por sus detractores, durante la posterior dinastía Han (206 a. C.-220), que el emperador Qin ordenó la quema de los libros confucianos y la ejecución de los letrados seguidores de sus enseñanzas. Sin embargo, ha habido también quienes reivindican su figura legista como artífice de un gobierno más positivo para sus súbditos. Es conocido el aprecio que sentía Mao Zedong hacia el Primer

Emperador Qin. Más recientemente, Xi Jinping citaba a Han Fei y Shang Yang, ambos reconocidos legistas, corroborando su consonancia con sus teorías y prácticas.

Las diversas posturas de estas dos escuelas de pensamiento pudieran parecer discusiones eruditas del pasado pero, en el contexto de China, conocer su significado puede ayudarnos a entender algunos fenómenos contemporáneos. Si bien desde el Partido Comunista Chino se promueve el confucianismo y se alaban algunas de sus propuestas, en el fondo la práctica del poder del propio Partido se inserta mucho más en los principios y en la tradición legista, y encaja bien con el leninismo o la dictadura del proletariado. Como ha puesto de manifiesto en diversos trabajos Jean-Pierre Cabestan, para los legisladores chinos es difícil entender el concepto de ciudadanía en un medio cultural en el cual el último fin de la ley y de la Constitución es reforzar la propia autoridad del Estado. En este sentido, resulta problemático aceptar que el pueblo pudiera utilizar contra el poder establecido los derechos otorgados por éste. En consecuencia, en su tradición legista, las leyes no son un mecanismo para salvaguardar los derechos del pueblo, sino un instrumento al servicio del Estado para asegurar el bien común o el interés general, prevaleciendo sobre las demandas individuales. Y por eso, los derechos colectivos se sitúan muy por encima de los derechos individuales.

Desde el ascenso de Xi Jinping a la cúspide del Partido se han sucedido consignas abogando por valorar las tradiciones clásicas chinas, erradicar las teorías occidentales de las aulas universitarias y retomar prácticas como el aleccionamiento de los estudiantes con conferencias semestrales obligatorias para clarificar las nuevas posturas ideológicas del Partido y de su secretario general. Así lo han recogido numerosos medios chinos y extranjeros. La lectura más plausible de todas estas nuevas campañas es la confirmación de que, lejos de los presupuestos humanistas confucianos, el Par-

tido Comunista Chino sigue apelando a sus antiguas prácticas de control. Ahora bien, con todo lo dicho anteriormente, para algunos individuos y grupos diversos de la sociedad china, el renacer del confucianismo también significa una búsqueda real de valores personales y sociales, plasmada igualmente en la adhesión a otros ideales procedentes del taoísmo, el budismo o el mismo cristianismo. Estos, poco a poco, han ido ampliando recientemente su influencia en China, aunque los tres últimos no sean promovidos desde instancias oficiales.

### *A vueltas con la legitimación del Partido*

El 3 de septiembre de 2015 se celebró en Pekín el LXX aniversario de la victoria de China contra Japón con un desfile militar, motivo por el cual se reunieron importantes líderes chinos e invitados extranjeros, entre los cuales se encontraban el presidente Putin y la presidente Park de Corea del Sur. La relevancia dada a la celebración y la cobertura de los medios de comunicación chinos durante muchos días antes pudiera entenderse como parte del discurso del poder habitual, pero una mirada más atenta nos permite interpretar los hechos como una pieza más en la dinámica redefinida por el actual presidente de China y secretario general del Partido Comunista Chino, Xi Jinping, quien, además, ha obtenido altas cotas de aceptación popular.

La paralización de la vida en el centro de la capital y el cierre de la actividad laboral nunca se había producido con motivo de este aniversario, y al igual que en otros importantes eventos de la capital –las Olimpiadas en 2008 o la más reciente reunión de la Asia Pacific Economic Cooperation (APEC) en 2014– se movilizaron todos los recursos para evitar que Pekín estuviera cubierto con el ya habitual sombrero de contaminación, y el día del desfile

luciera un bonito cielo azul. Como en ocasiones afirma jocosamente la gente de a pie: hasta la meteorología parece estar bajo el control del Partido Comunista Chino. Nunca antes se había dado tanta significación en términos nacionales e internacionales a este aniversario, ni subrayado tan reiterativamente la aportación de China en el contexto mundial para la finalización de la Segunda Guerra Mundial. El mensaje político lanzado al mundo por el País del Centro no era la simple victoria contra el otrora invasor nipón, sino la aportación de China en la lucha internacional contra el fascismo, como repetían sin cesar en todos los canales oficiales de propaganda. El colofón del discurso del presidente Xi subrayó las aspiraciones chinas de contribuir a la pacificación mundial, junto al anuncio de una reducción en trescientos mil soldados del ejército chino, mientras desplegaba en el desfile armamento hasta ahora no mostrado públicamente. Parecía tratarse de una suerte de alarde o aviso a Estados Unidos, cuya visita oficial iniciaba inmediatamente el dirigente chino; al menos esa es una de las lecturas realizadas por algunos sectores de la sociedad china. El desfile era asimismo un mensaje para la población, siempre receptiva a todo aquello que subraya el auge de su país en el mundo. Si algo sigue legitimando al Partido Comunista Chino hoy es una frase pronunciada en otro contexto, pero atribuida generalmente a Mao Zedong al proclamar la fundación de la República Popular China en la plaza de Tiananmen el 1 de octubre de 1949: «A partir de ahora el pueblo chino se ha puesto en pie».

En muchos sentidos, el discurso gubernamental chino sigue ciertas pautas predecibles y parece no mostrar nada nuevo, ya que la educación patriótica recibida por todos los niños desde muy pequeños insiste una y otra vez en la necesidad de no olvidar las humillaciones de Japón desde la toma de Manchuria en 1931 hasta su derrocamiento en 1945. De hecho, la formación patriótica sigue siendo hoy uno de los pilares más sólidos de la propaganda,

y con ella se interiorizan ideas y valores perdurables a lo largo de toda la vida. Para la gran mayoría de los jóvenes chinos, incluso entre quienes viajan al exterior, es complicado desarrollar un sentido crítico respecto a lo inculcado desde la infancia. Les resulta ciertamente difícil aceptar una visión de la historia distinta a la oficial y con frecuencia tienen problemas para entender que en el relato recibido se han obviado muchas de las dificultades, crueldades y muertes infligidas por los chinos sobre sus compatriotas. El siglo XX tuvo tiempos muy duros para la población china y fueron muchos los sufrimientos causados por los extranjeros, pero también por los propios chinos.

Si en algo sigue siendo sumamente exitoso el Partido Comunista Chino es en su programa sistemático de concienciación nacionalista. Todos los canales de la televisión china difunden con cierta asiduidad programas con referencias a los tiempos de la invasión japonesa y su enorme dureza y, en esta ocasión, no han cesado de emitir horas y horas de entrevistas con soldados participantes en el conflicto y tienen la consideración de héroes nacionales. Como en todas las contiendas bélicas, la población sufrió los horrores de la guerra y a la derrota de Japón siguieron entre 1945 y 1949 los enfrentamientos entre el Partido Comunista Chino y el Partido Nacionalista en otra cruenta guerra. Ahora bien, pasados ya setenta años de la derrota de Japón, el Partido Comunista Chino y el Partido Nacionalista, otrora acérrimos enemigos, han acercado sus posiciones y sus intereses. Sin embargo, con Japón las cosas son distintas, ¿y a qué se debe si son también importantes socios económicos de China? Quizás una respuesta pudiera ser que el relato nacionalista del Partido Comunista Chino necesita mantener historias de su guerras fundacionales y la lucha contra Japón –renovadas entre otras cosas con las visitas de destacados dirigentes de Japón al Santuario Yasukuni para rendir honores a los más de dos millones de soldados japoneses caídos, entre los



cuales algunos pueden considerarse criminales de guerra— ayuda a mantener viva la llama china.

Hace algunos años, incluso algún osado intelectual e investigador chino se atrevió a proponer hacer borrón y cuenta nueva en las relaciones con Japón, pero ante las protestas de las redes sociales, su discurso de conciliación no obtuvo ningún eco. El sentimiento anti-japonés se encuentra sumamente arraigado en la población e incluso escapa —o se le permite escapar— en ocasiones al control estatal. Esta es quizás también una de las razones por las cuales China no orienta sus reivindicaciones territoriales con Japón de las islas Diaoyu/Senkaku, así como de la isla o rocas de Okinotori hacia la negociación, si bien lo ha hecho con otros vecinos, como Rusia, con quien ha firmado diversos acuerdos a finales del siglo XX y principios del XXI para clarificar la disputa de territorios fronterizos y de islas.

### *Valores de la revolución y de la reforma*

El 10 de octubre de 1911 en la ciudad de Wuchang, parte de la actual Wuhan, en el centro geográfico del territorio chino, se inició la revuelta que se extendería y derrocaría a la última dinastía Qing (1644-1911), culminando con la fundación de la República en 1912. Hoy se puede visitar el edificio correspondiente a la antigua sede del Gobierno Militar desde donde se dirigió dicha revuelta. Los visitantes de este histórico edificio situado en Wuhan atraviesan en una de sus salas una proyección sobre el suelo de un mar —como Moisés al cruzar el Mar Rojo— abriéndose sus aguas y dejando al descubierto un fondo sobre el cual caminar sin peligro. Surgen entonces tres fechas: 1911, 1949 y 1978. Como ya se ha mencionado anteriormente, la primera corresponde a la revolución de la República y la segunda a la fundación de la República Popu-

lar; la tercera marca el inicio de la era de Deng Xiaoping, con la puesta en marcha de reformas políticas y económicas de apertura ciertamente exitosas para el crecimiento económico de las últimas décadas.

A unos cientos de metros del Gobierno Militar se alza el nuevo museo de la Revolución, inaugurado en el año 2011 con motivo del centenario de tan importante evento en la historia de la China moderna. Durante el periodo maoísta, a pesar de reconocer la importancia de la República, eran los eventos relacionados con el Partido Comunista Chino los que adquirirían el protagonismo absoluto y no era habitual dedicar espacio a personajes ajenos al Partido, otorgándoles un destacado papel en la andadura revolucionaria hacia la China contemporánea. Aunque al inicio del recorrido del museo de la Revolución se evocan mensajes habituales sobre la invasión de China por parte de las potencias coloniales en el siglo XIX, en este moderno edificio se ha dado cabida a figuras anteriormente invisibles, que en la relectura de la historia ofrecida actualmente tienen asignado un espacio.

Todos los museos y lugares con un significado especial en la historia del Partido Comunista Chino son de acceso gratuito para los ciudadanos chinos. Únicamente es preciso identificarse para poder entrar. Contrasta con los altos precios de las entradas a los edificios antiguos e históricos sin relación con la historia revolucionaria. Ello garantiza la visita de múltiples turistas nacionales a estos sitios tan emblemáticos para el Partido, en los cuales se repite una y otra vez el mensaje propagandístico de la educación patriótica. Los museos han entrado con fuerza en China y se han multiplicado por el territorio, mostrando de un modo más sugestivo el mismo mensaje de antaño y resaltando los valores de la revolución comunista.

Los cambios ideológicos, económicos y políticos acaecidos durante las tres últimas décadas han sido brutales, si bien también se

han de calificar como espectaculares, puesto que han beneficiado a una parte de la población muy numerosa, mejorando su nivel de vida enormemente. Junto a las conmemoraciones de los hitos de la Revolución, en Wuhan se alzan los numerosos edificios ya construidos y otros muchos en obras del grupo empresarial Wanda, uno de los grandes gigantes económicos chinos conocido hoy incluso en nuestro país por la adquisición de un edificio emblemático en la plaza de España de la capital. Nada ejemplifica mejor el desarrollo económico y urbano promovido por el Partido a través de estos emporios de la construcción: apartamentos de lujo, grandes zonas comerciales con precios prohibitivos, parques temáticos o zonas de entretenimiento conforman el nuevo paisaje urbano de esta ciudad bañada por todas partes con las aguas del Río Largo (*Chang Jiang*) –conocido también por río Azul o el río Yangtsé. Todo ello enlaza con el discurso de desarrollo promovido por el Partido y subraya las mejoras en el nivel de vida de una parte importante de la población. Prueba de ello son las variaciones a gran velocidad de las pautas del mercado chino. En 2015 las compras por Internet marcan las últimas tendencias urbanas. Múltiples motocarros reparten por las ciudades paquetes con todo tipo de productos adquiridos en la red: desde la cesta básica de la compra de alimentos a los más sofisticados objetos. El mensaje se renueva con los cambios que se suceden en el mercado interno, en especial en aquellas regiones más prósperas. En un mismo país conviven muchas realidades distintas y los urbanitas con mayor poder adquisitivo ven cambiar sus vidas y ampliar sus posibilidades, mientras en muchas zonas rurales confían en poder participar de ese bienestar en el futuro, aunque sea lejano. No en vano, el crecimiento económico ha sido un gran éxito y sigue siendo el principal pilar para la legitimación del control del poder del Partido Comunista Chino.

*Campañas contra la corrupción*

Como se ha señalado anteriormente, la política de Xi Jinping agrada a una parte importante de la población, en especial por las campañas anti-corrupción iniciadas al asumir el poder y que han llegado hasta lo más alto de la cúpula del Partido. Gran parte de la gente ha visto en la mano dura del nuevo secretario general del Partido la única vía para encauzar algunas de las malas prácticas instauradas de forma permanente en la burocracia estatal y en otros ámbitos de la sociedad china. Tras la crisis económica financiera de 2008, China intentó contrarrestar el golpe con una ambiciosa política de inversiones internas cuya consecuencia colateral fue el enorme incremento de ciertas prácticas ilegales. Dado el aumento del volumen de dinero para acometer obras diversas, se produjo al unísono un incremento exponencial de la corrupción. Todo ello junto a las noticias y rumores sobre los negocios familiares de algunos dirigentes, durante la era de Hu Jintao, extendieron el malestar al conjunto de la población. Por eso, la puesta en marcha de duras campañas contra la corrupción y de control de los abusos del gasto público ha contado con el beneplácito de una gran parte de la gente de a pie, que ha visto con buenos ojos como el brazo férreo del presidente Xi caía sobre personajes intocables en otra época. Si bien ha sido habitual la existencia de estas campañas con anterioridad, a lo largo del mandato de los predecesores de Xi, el alcance de las mismas nunca había sido tan amplio ni alcanzado a tantas personas de las altas esferas, en sectores tan fuertes y supuestamente intocables como el militar y el aparato de seguridad e inteligencia. En este último caso ha sido emblemática la condena de Zhou Yongkang, a quien en ocasiones se consideró incluso el segundo hombre más poderoso de China, sentenciado en junio de 2015 a cadena perpetua por abuso de poder, aceptar sobornos y revelar secretos de Estado.

Las conocidas facciones de izquierdas, derechas y tecnócratas durante las primeras décadas de las reformas están hoy mucho más desdibujadas, pero todas las señales parecen indicar que tras las campañas puestas en marcha contra las lacras de la corrupción se esconden también fuertes luchas internas en el seno del propio Partido. Tras la era de Deng Xiaoping, la alternancia política fue decidida de forma colegiada y limitó los periodos del mandato de la Secretaría General del Partido, ocupado primero por Jiang Zeming (1989-2002), luego por Hu Jintao (2002-2012) y actualmente por Xi Jinping. Por una parte, resulta difícil ceder el poder ejercido durante una década sin una alternancia democrática, y hoy la situación pudiera ser cada vez más compleja. Por otra, al iniciar su mandato, los nuevos dirigentes siempre lanzan mensajes de regeneración y renovación, marcando las líneas de separación con la herencia negativa recibida, para asegurar así el mantenimiento de la legitimidad popular.

El futuro de China está todavía muy alejado de valores democráticos, y aunque algunas prácticas económicas parecen chocar con la ideología de control promovida desde el aparato del Partido, todavía no han llegado los tiempos de mayor apertura y consolidación de un sistema político distinto. Ni está extendida entre la población una cultura política democrática capaz de sustituir de forma inmediata a la actual, ni el contexto internacional favorece la existencia de modelos externos atractivos a ojos de la mayoría de la gente en China. Hay quienes han visto en los acontecimientos de los últimos años y en las campañas contra la corrupción el inicio de la descomposición del Partido –así lo vaticinaba el politólogo David Shambaugh en un artículo publicado el 6 de marzo de 2015 en *The Wall Street Journal*. La realidad es que el Partido Comunista Chino sigue en el poder y gran parte de la población no reclama una democratización e incluso ve con buenos ojos una mano fuerte ejerciendo su autoridad.

*Sueños chinos*

El Partido Comunista Chino mantiene su definición original de marxista-leninista, si bien en sus estatutos ha ido añadiendo muchos otros apellidos a su ideología de acuerdo con la predominancia de los diversos líderes del momento. El «pensamiento de Mao Zedong» (*Mao Zedong sixiang*), la «teoría de Deng Xiaoping» (*Deng Xiaoping lilun*), la «triple representatividad» (*san ge daibiao*) de Jiang Zemin y el «concepto científico de desarrollo» (*kexue fashan guan*) de Hu Jintao sintetizan la aportación de cada líder en una supuesta evolución y línea de continuidad ideológica. Afortunadamente, esta última no es tal: la vida de la mayoría de los ciudadanos chinos es mucho mejor en este siglo XXI en comparación con el periodo maoísta. Sin embargo, en China, así como todo escritor ha de publicar una novela de gran extensión para pasar a formar parte del canon literario, todo gran líder ha de dejar su huella en la definición teórica del socialismo que rige la ideología del Partido y en los diversos eslóganes breves repetidos incansablemente a lo largo de su mandato. Es así como el presidente Xi ha querido acuñar una primera impronta con referencia a un nuevo «sueño chino» (*zhongguo meng*).

El sueño es un recurso muy habitual en la literatura clásica china. Uno de los primeros textos que lo incorpora aparece en la obra del taoísta Zhuang Zi (finales del siglo IV a. C.), en cuyo famoso capítulo II del texto con su mismo nombre por título, cuenta como Zhuang Zhou un día sueña ser una mariposa y al despertar duda si ha soñado serlo o realmente es la mariposa la que sueña ser Zhuang Zhou. Veamos un párrafo en la traducción de *Los Capítulos Interiores de Zhuang Zi* de Pilar Gonzalez España y Jean Claude Pastor-Ferrer:

Quien sueña con un banquete  
se despierta con lágrimas.

Pero quien sueña con lágrimas  
 se despierta con cacerías en la aurora.  
 Quien sueña,  
 ignora que sueña.  
 Quien dentro de un sueño  
 sueña que sueña,  
 al despertar sabe que todo era un sueño.  
 Sólo en el Gran Despertar  
 se revela el Gran Sueño.  
 Los estúpidos creen que están despiertos,  
 y que saben ellos mismos quiénes son  
 príncipes o pastores. ¡Qué obtusos!  
 Confucio y tú no sois más que un sueño  
 y yo que lo digo soy un sueño también.

En cuentos clásicos relacionados con la transmisión de asuntos extraordinarios (*chuanqi*) –un género floreciente durante la dinastía Tang– encontramos varios relatos datados en el siglo IX con alusiones a los sueños. Así, por ejemplo Shen Jiji (ca.800) en su «Crónicas en la almohada» (*Zheng zhong ji*) narra la historia de un estudiante opositor a la burocracia, en su camino hacia la capital para presentarse a los exámenes imperiales. Caerá dormido en un albergue y soñará con una exitosa carrera, para despertar después y comprobar cómo la realidad de la vida es distinta. Otro texto de Lin Gongzuo (ca.800), «Historia del gobernador de la división Sur» (*Nanke taishou zhuan*), toma también este motivo. En el mismo se narra la historia de un hombre que sueña ser gobernador de un reino, obteniendo éxitos y honores, hasta convertirse en una amenaza para el rey, quien empieza a temerlo y termina por confinarle a vivir retirado. Al despertar del sueño, el hombre se encuentra en su casa y cae en la cuenta de la vacuidad de la fortuna y la fama. Otros muchos textos retoman el motivo del sueño, pero no se puede dejar de mencionar la gran novela del siglo XVII: *Sueño en el*

*pabellón rojo* (*Honglou meng*) de Cao Xueqin (1715-1764). Estructurada de modo magistral en torno a una reflexión sobre la apariencia (*se*), el deseo (*yu*), lo verdadero (*zhen*) y lo falso (*jiu*), en la misma, lo real y lo ficticio no se presentan contrapuestos sino como paradojas sosteniendo el texto. Y el sueño del protagonista (Jia Baoyu) en el capítulo V es premonitorio del destino fatal de algunas mujeres que surgen a lo largo de la narración. Los sueños en la literatura china tienen una enorme riqueza de matices, cuestionan la realidad, nos advierten sobre el destino, alertan de las dificultades de la vida, ponen en guardia sobre la vacuidad del éxito y la fama, pero en ningún caso significan unívocamente una indicación de éxito.

Y entonces, ¿qué ha querido decir el presidente Xi Jinping al referirse al sueño chino? En su definición inicial, Xi hizo alusión a la necesidad de reforzar el ejército y mejorar las condiciones de vida de la población. No deja de resultar interesante la utilización de un referencia tan rica y ambivalente en la tradición de la literatura clásica, con una interpretación bien distinta a la del sueño como éxito. De hecho muchos han visto en este nuevo eslogan político una alusión a «el sueño americano». No en vano, los Estados Unidos son el modelo implícito por excelencia para el conjunto de la sociedad china. Pero no debemos olvidar que la gente de a pie, en especial en el mundo rural, no tiene en mente dicho «sueño americano». Para unos, el sueño chino permite a cada individuo dar rienda suelta a sus esperanzas y deseos futuros. Para otros, en realidad se trata de un sueño colectivo, no implicando realmente una mejora de cada individuo, sino del conjunto del país. En ese sueño chino estaría la aspiración a convertirse en primera potencia mundial. Acertado o no, el sueño chino no disgusta a una parte de la población, que entiende tener todavía un margen de mejora y acepta los eslóganes políticos con cierta actitud resignada o, simplemente, quiere creer en ellos.



El sueño chino quizás podría ser también el nuestro: la consecución de una sociedad en la cual se amplíen las libertades, resurjan valores éticos y la prosperidad alcance a todas y cada una de las personas. Porque a nosotros probablemente nos irá mejor si el sueño de China va bien.

T. F.

---

Este trabajo forma parte de una investigación realizada gracias al apoyo del Ministerio de Economía y Competitividad (FFI2011-25897).

